UNA BIOGRAFÍA DE CERVANTES

«Actor oscuro de una aventura heroica, testigo lúcido luego de un tiempo de dudas y de crisis, Cervantes es el intérprete de una nación a la que observó en un momento de su historia, pero de la que se sintió solidario hasta el final» (p.13).

¿Por qué pudo valer en su día este libro * al hispanista francés el premio Goncourt de biografía? La respuesta podrá hallarla el lector, cervantista o simple amante de la novela, en las tres credenciales que acompañan a J. C. en su difícil recorrido: un estilo literario elegante y cálido a la vez, se me antoja que en la mejor vena francesa, realmente apropiado para marcar el ritmo biográfico de un hombre con el amplísimo registro de Cervantes; una familiaridad crítica y filológica irreprochable con la literatura del gran escritor —el autor, para más señas, es coordinador de una nueva edición en ciernes de la obra completa del alcalaíno—, sin que el peso de la erudición sepulte una intensa vida transustanciada en la creación literaria; y, quizá lo más difícil, un sexto sentido para detenerse con prudencia y delicadeza ante el umbral de nuestra ignorancia, para reconocer la impenetrabilidad de un misterio que, en efecto, nos fascina.

El manco de Lepanto, el cautivo de Argel, el creador genial de *Don Quijote*: la efigie de la medalla se ha desgastado con el paso del tiempo, respetando tan sólo una leyenda cuidadosamente grabada por el escritor sobre un metal imperecedero. J. C. se afana en reconstruir ese perfil perdido sin desechar en principio el rastro que hubo podido dejar de sí mismo el artista entre los pliegues de su escritura, aunque apresurándose a advertirnos que sus huellas resultan demasiado desvaídas y parecen refractarse en el ópalo infinito de la materia literaria. Tampoco la investigación de archivo ha llegado a satisfacer nuestra curiosidad. Desde el siglo XVIII los estu-

* JEAN CANAVAGGIO, *Cervantes. En busca del perfil perdido*, 2.^a ed. aumentada y corregida. Madrid, Editorial Espasa, 1992, 383 pp. (trad. Mauro Armíño).

diosos no han cesado en su labor de exhumación y compulsa de documentos, sin que jamás el enigma de su intimidad haya dejado de espolear la imaginación de los cervantistas, incertidumbres y descubrimientos de los que sigue dando buena razón, «pese a sus defectos e insuficiencias», la monumental biografía de Astrana Marín (*Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid 1948-1958, 7 vols.).

* * *

Como mandan los cánones de la biografía, J. C. da comienzo su reconstrucción por los orígenes familiares del escritor, por el acta bautismal conservada de 9 de octubre de 1547, que nos deja, sin embargo, ayunos de información sobre la fecha exacta de su nacimiento. ¿Los Cervantes? Cartas dudosas de hidalguía y ciertas sospechas aún no del todo apagadas de conversos, más un rosario de amores ilegítimos en el que nuestro protagonista ensartará su propia cuenta. Biznieto de pañero cordobés acomodado, nieto de polémico abogado, e hijo de cirujano a pique siempre de hundirse en la ruina, Miguel vivirá el preludio de su propio infortunio compartiendo la trayectoria errabunda de su padre (Alcalá, Valladolid, Córdoba, Sevilla, Madrid), desde la remota infancia vallisoletana a la primera juventud andaluza. Veinte años que cubren el primer gran capítulo de su vida, en los que casi todo es conjetura, y de los que J. C. ha optado, ante la duda, por siluetar tan sólo su dintorno: los posibles ambientes escolares cordobeses y sevillanos, en los que acaso habrían despuntado las inclinaciones teatrales del muchacho, con el ascendiente probable de Lope de Rueda, y después el Madrid cortesano, inspirando al aprendiz de poeta bajo el magisterio probado de López de Hoyos (digno merecedor de una calle, loables prendas de gramático humanista aparte, aunque sólo sea por su presiente reconocimiento del «caro y amado discípulo»).

Una partida de la villa y corte envuelta para nosotros en el misterio —¿es su nombre o un homónimo el que figura en una provisión real de búsqueda y captura por duelo con resultado de herida para el contrario?— da un vuelco en la vida del poeta estudiante, a quien vemos desde finales de 1569 residiendo en la Roma papal. Harto por encima de su papel como ayuda de cámara del cardenal Acquaviva, Miguel abrazará pronto la carrera de las armas, llevado de ese sentido de la libertad personal que luego insuflará en el pecho de tantos de sus personajes. Lepanto, primero, Navarino, Túnez y La Goleta, después, configuran un escenario que los panegiristas de la España eterna habían elevado a metafísica de la historia y que los sarcásticos de oficio han descrito como

una especie de naumaquia épica, cruzada trasnochada poco menos que inútil. J. C. ha sabido escapar al anacronismo del enjuiciamiento, y no sólo por trazar con la debida generosidad la imagen del «soldado aventajado» del que hablan unánimemente las declaraciones e historiales de sus contemporáneos, sino también por respetar las convicciones íntimas del joven héroe, aquéllas que más tarde volverá a hacer suyas en el telar de la literatura: desde el *Discurso de las armas y las letras* hasta *El trato de Argel*, desde la *Historia del cautivo* hasta *El gallardo español*. Y, autobiográficamente, así en el *Prólogo* de las *Novelas ejemplares*, como en el segundo *Prólogo* de *Don Quijote*.

Un *ethos* juvenil que se quiere escrito en verso heroico, en un *tempo* histórico que sin embargo J. C. no explora a fondo, como no sea para advertirnos que al mirar a Corfú o sublimarse en el golfo de Corinto para nada se corresponde con la *pose* romántica de un Byron o un Lamartine. Evidente. Mas el historiador querría atar cabos: si el *pathos* de Miguel no es aquí anticipo de la modernidad en vena romántica, ¿cuál es la tradición que lo anima? J. C. sitúa a su biografiado «en las fuentes de una cultura», en la Italia nutrida aún por el Renacimiento y el Humanismo. De acuerdo, pero ¿qué podía significar esto para el súbdito de un rey contrarreformista en cuyos territorios ibéricos los ideales cuatrocentistas habían penetrado sólo muy débilmente (L. Gil)?

En el escrutinio de la librería del hidalgo Alonso Quijano el cura salvará de la hoguera a Montalvo, a Martorell, a Montemayor, a Gil Polo, a Ercilla; entre las lecturas del joven arcabucero en Italia, como nuestro biógrafo consigna, sobresale la épica renacentista de los Boiardo y Ariosto, también la poesía pastoril de Sannazaro y Tasso (aclimatación quiniéntista de los Teócrito y Virgilio). Otto Brunner los ha reencontrado en las bibliotecas de la media y baja nobleza austríaca del siglo XVII, en los territorios nucleares de la Casa de Austria (*Adeligen Landleben und Europaischer Geist*, Salzburg 1949). La personalidad del escritor español rompe los moldes sociológicos y literarios de su tiempo, lo que no es el caso del barón von Hohberg estudiado por Brunner, ni el de su equivalente manchego tan convencional, don Diego de Miranda, con sus seis docenas de libros, «cuáles de romance y cuáles de latín». Ya sólo por la trayectoria de su vida, Cervantes recogerá una cosecha de experiencias personales con mucho más ricas que las de esos dos señores de la tierra, pero tampoco cabe duda de que con los hombres de esa clase compartió una formación del espíritu en la escuela de la guerra y un autodidactismo nada académico («ingenio lego» ni de obediencia escolástica, ni tampoco humanístico-filológica), un aprendizaje que en definitiva se ha hecho partiendo de las lecturas canónicas

de la tradición y la sustancia nobiliar veteroeuropea. Esa insistencia de Don Quijote en la preeminencia de las armas sobre las letras (aunque «nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza»), ese prurito por realzar en su hoja de servicios la gesta compartida con don Juan de Austria, o por privilegiar entre sus recuerdos el de don Alvaro de Bazán («aquel rayo de la guerra»), esas novelas ejemplares llenas de gestos valientes y costumbres abolengas, sin que el autor se permita alusiones a su oficio posterior de alcabalero, de tintes publicanos y banáusicos, tienen un sabor que resulta familiar a los cultores de los estudios clásicos. ¿No nos recuerda al Esquilo que dicta orgulloso su propio epitafio: «combatiendo de Maratón»? ¿No compararon Goethe y Schopenhauer *La Numancia* a *Los Persas* y a *Los Siete contra Tebas*? Con razón, pues, recalca D. Yndurain en su introducción a la reciente edición de *Don Quijote* en la Biblioteca Castro que sin traer a nuestra perspectiva la gran moda lectora de los libros de caballerías a lo largo del siglo XVI (incluyendo entre su público desde Carlos V a Sta. Teresa o los conquistadores), se nos escapan muchas de las claves para la comprensión crítica, a la vez filológica e histórica de la obra mayor del alcalaíno.

Sea como fuere, el «adiós a las armas» lo dirá en 1575, manco y sin empleo seguro que le aguardase en España. Tiene veintiocho años y un buen puñado de esperanzas. Sin embargo, un golpe de infortunio cambiará el rumbo de su vida: el abordaje de la galera que lo repatría por corsarios berberiscos lo encadenará cinco años a la ciudad de Argel, transcurridos entre actos de arrojo y desinterés y fallidos intentos de huida. No deja de ser un sarcasmo del destino que la más alta cotización alcanzada en vida por Cervantes haya sido el considerable precio de su rescate (500 ducados), que tan alta estimación constituyese el fruto de un malentendido y que su mejor tasador se cubriese con turbante.

Etapla ésta de Argel rica en descubrimientos y dilatación ocular, etapa relativamente bien documentada para nosotros, etapa sobre todo trascendental en la formación de un hombre de mundo en cuya visión de la alteridad islámica se impondrá, a despecho de la ortodoxia doctrinaria, la experiencia vivida, la fuerza hermanadora de la humana naturaleza —acaso aquella «doctrina naturalista» de la que hablaba Américo Castro en *El pensamiento de Cervantes*, 1925—, y por qué no decirlo, un sentido común teñido de sabiduría, que para nada entiende de vislumbres románticos, ni de humanismos librecos, ni menos aún de caritativas antropologías, sino más bien en la vena empírica e intuitiva de los escritores de Indias de la época. Mundo semimedieval todavía, el de esas ciudades norteafricanas, de barreras doctrinales tan rígidas como relajadas y fluidas en la con-

vivencia cotidiana, en el cual Miguel parece moverse con una impunidad que sólo el crédito a su hombría de bien salva una y otra vez a los ojos seducidos de sus captores, en el cual la flojedad de las cadenas no se ajusta a nuestros modernos conceptos carcelarios, teniendo sólo por barrotes a las distancias, al mar, al aislamiento. Léanse, si no, *El trato de Argel* o *Los baños de Argel*, *El gallardo español* o *La gran sultana*, por no hablar de la historia de Rui Pérez de Viedma o de algunos pasajes de *La Galatea*.

De 1580 a 1587, el retorno a España le devuelve a una realidad sin duda más digna, también menos épica, más prosaica, que implacablemente va descubriendo a este Miguel treintañero la senda «realista» de las desilusiones, que como él muchos otros españoles vislumbran ya al filo del siglo xvii. Frustrado en su intento de lograr un empleo en la corte, no deja de ser significativo que el fruto literario de estos años haya sido *La Galatea* (1585), en la boga pastoril y escapista de la aristocracia europea, cuya segunda parte no entregará sino en retazos desperdigados e incrédulos a lo largo del *Quijote*. Sin olvidar, desde luego, la contribución cervantina a los balbuceos renovadores del teatro de corrales, que no aún la «comedia nueva»: «hasta veinte comedias o treinta —se enorgullecerá su autor—, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciera ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza». Son unos apuntes de crítica literaria sobre la musa dramática del alcalaíno, también sobre la escena contemporánea, que J. C. nos va desgranando en torno a las tres piezas que aquél escenifica: *El trato de Argel*, *La Confusa* y *La Numancia*. Se percibe en estas páginas el deleite y la seguridad de especialista con que se mueve nuestro biógrafo (vid. su *Cervantes dramaturgue: un théâtre a naître*, París 1977).

Epoca fértil literariamente, también lo será en amores: unos, con cierta amante, Ana Franca, que le dará una hija en Madrid; otros, con una joven de apenas veinte primaveras, Catalina de Salazar, en Esquivias, éstos con el «sí» sacramental de por medio (en 12 de diciembre de 1584). Amores se diría que inciertos, o al menos de holgados lazos, y géneros literarios que no permitirán al escritor dar lo mejor de sí mismo, que no serán los que lo consagren ante la posteridad: todo parece señalarnos un ecuador crítico en la trayectoria de un hombre que alcanza la madurez, a las puertas de la cuarentena. Que preferirá reencontrarse consigo mismo, huyendo de la monotonía manchega de Esquivias, quizá también de toda la parentela política, sin haber cumplido aún el primer trienio en el domicilio conyugal. Que llegará incluso a renunciar por algún tiempo al oficio de escritor. Aunque no se trate de una ruptura, algunos han querido hacerse la pregunta: ¿matrimonio de conveniencias o flechazo? El biógrafo prefiere dejar para quienes así la formulan,

cínicos o noveladores, el tenor de la respuesta. Conociendo al hombre, al espíritu libre y errabundo, a sus demonios literarios, más vale no insistir en las razones de esta pasajera separación.

Miguel entra ahora en los años del «laberinto andaluz» (1587-1600), como los denomina con acertada metáfora J. C. En calidad de comisario real encargado de las requisas de grano y aceite, al principio con destino a la Invencible, recorrerá las tierras paniegas situadas entre Córdoba y Sevilla, visitando graneros e intercambiando oficios y querellas. Como pago a sus desvelos de recaudador, antes que el menguado salario en forma de atrasos, recibirá las excomuniones de la clerecía, los desaires de la aristocracia local y la socarronería por arrobos de un campesinado bronco y renuente a sufragar la política exterior de los Austrias. En la cárcel de Castro del Río pagará durante unos días por las malversaciones tan sólo imputables a uno de sus subordinados. Sonriamos al advertir que los errores de suma en los libros del probo recaudador se producen en perjuicio propio. Compadezcámonos de su mala suerte al contemplar cómo un banquero huido se lleva sus emolumentos o un juez inicuo lo pone de nuevo entre rejas, esta vez en las legendarias cárceles sevillanas, con su hampa vertiginosa de tipos humanos y seres rayanos en lo disforme. Pero también agradezcamos a las estrellas que la desestimación por el Consejo de Indias de su solicitud de empleo en ultramar nos lo haya preservado de los trópicos para la literatura —no estaban aún los tiempos maduros para inventar el «realismo mágico».

Mas lo importante para nosotros de esos años andaluces es el bagaje de quites y experiencias de sabor rural e infraurbano que el esforzado alcabalero iría metiendo en las alforjas de su vieja mula, que el convidado de piedra carcelario registraría en la oficina insoportable de su memoria. Pronto veremos todo ese material rehecho en el crisol de su literatura. Fulleros, pícaros y truhanes de todo color y toda laya enjambrados en la Babilonia andaluza, cuyos rituales y mitología maravillarán al lector actual de *Rinconete y Cortadillo*; por no hablar de ese amplio abanico de tipos humanos que la España campesina del entonces podía desplegar ante unos ojos abiertos como los de Cervantes, desde la nobleza ducal hasta la plebe de cabreros y pegujales que veremos más tarde desfilar en su obra mayor. El mismo Don Quijote, de su autor «hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno», lleva en sus genes disparatados los signos de una dilatada concepción que incluye asimismo la estadía de varios meses en el contramundo de los calabozos sevillanos.

Nos las vemos así con el problema de la gestación y redacción del Quijote, esto es, cuestiones como la de su concepción y esbozo

del núcleo original, ampliación acumulativa y arrepentimientos de pluma, eventuales incoherencias internas, refundición final, estructura, etc. Interrogantes que han traído de cabeza a los cervantistas, que constituyen en definitiva las eternas preguntas de composición para la filología de todos los tiempos —y en esto los alejandrinos ya sentaron cátedra—, empezando por la cuestión homérica (Wolf y sucesores) o por el debate sobre los estratos formativos de la obra de Tucídides (Schwarz, Dover). Sin desdeñar esta dimensión de los estudios cervantinos, por lo demás legítima y siempre atendible, J. C. no se deja atrapar por ella. Madurez de filólogo, pero también perspectiva irrenunciable de lector.

Definitivamente, ingresamos ahora en «el tiempo del *Quijote*», que diría un compatriota de nuestro biógrafo. Felipe II ha pasado a mejor vida, no sin que Cervantes le haya dedicado un elogio fúnebre perlado de reservas; su hijo Felipe III se resigna a reinar delegando el gobierno en su válido Lerma; y la monarquía hispana, con las «arcas vacías», mira a posibles horizontes de paz por los caminos razonables de la diplomacia. Miguel recibe con el nuevo siglo la noticia de la muerte de su hermano Rodrigo en la batalla de Dunas (1600), su compañero que fuera de armas y cautiverio, y se consagra resueltamente a la escritura del *Quijote* en una intimidad recuperada de voces femeninas (de Catalina, de sus dos hermanas, de su hija, de su querida sobrina Constanza), repartiéndose entre Madrid, Esquivias y Toledo.

No resulta fácil seguir la pista a este cincuentón siempre discreto, aunque se puede colegir que hacia agosto de 1602 tiene perfectamente encarrilado su relato novelesco. Dos veranos después parte acompañado de su esposa hacia Valladolid para reunirse con sus hermanas, sin poder resistirse tampoco al tirón de la corte. Aunque siguiéndola, no haciéndola. Allí le espera todo el clan apiñado en una modesta vivienda de los suburbios (veinte personas en trece cuartos: qué hubiese comentado a tanta promiscuidad Norbert Elias). Para esa fecha, sin embargo, una certidumbre parece reconfortarlo: en los tórculos matritenses de Juan de la Cuesta el editor Francisco de Robles ha puesto ya la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*. Seis meses más tarde, con el comienzo del año de 1605, la obra maestra habrá visto la luz.

Llegado a esta jornada en la biografía del escritor, J. C. no elude el reto de ofrecernos algunas claves de lectura del primer gran texto que funda la novela moderna: el propósito ridiculizador de esta epopeya burlesca; el lugar e influencia de los libros ante la realidad; la monomanía sutil e interlúcida, que no demencia, del protagonista; la voluntad de afirmación en libertad que lo guía; el sentido del realismo cervantino en tanto que contrapunto inexorable a

la ficción de los libros —lo que, digámoslo de paso, también supo apreciar Borges—; la simbiosis dialéctica, que no contraposición dualística, entre el caballero y su escudero. Sin que falte una alusión al estrato de modernidad reconocido por Foucault a Cervantes en su arqueología del saber occidental, dicho con más detenimiento que la de J. C.: como testimonio que ya es para el Barroco del divorcio entre las palabras y las cosas, entre los signos legibles de los libros y los seres visibles de la naturaleza, como prueba de la desintegración de una *episteme* renacentista, mágica y erudita a la vez, enderezada al conocimiento de las marcas o signaturas que venían permitiendo descifrar y reconocer en el mundo los velados caminos de la semejanza y la analogía, las cuatro similitudes que articulan el círculo divinamente concordante del cosmos (*convenientia, aemulatio, analogia, sympathia*); si la aventura del Caballero de la Triste Figura constituye una búsqueda de similitudes y un desciframiento del mundo para demostrar los relatos de caballerías, sucede en cambio que la realidad no se presta ya al juego de tales semejanzas ni se acomoda a los signos ni ofrece sus marcas, antes bien, se burla de la antigua erudición que leía como un texto único la naturaleza y los libros, a los que recusa continuamente con la razón cruel de las identidades y las diferencias.

No debe ser sencillo, al hilo de una exposición biográfica como ésta, intercalar unas palabras sintéticas que hagan un mínimo de justicia a la envergadura literaria del *Quijote*. Pero, ya puestos en materia, no querría uno resistirse a formular con cierta explicitud algunas cuestiones que más le inquietan, que interesan sobremedura al investigador de las ideas y las actitudes vitales de Cervantes, como hijo que al fin y al cabo era de su tiempo.

¿Hasta qué punto puede ser aquí lícito separar a la obra de su creador? Unamuno y Paul Hazard propusieron una lectura del *Quijote* al margen del hombre Miguel de Cervantes, haciendo caso omiso de toda la «caterva de masoretas»; no así Manuel Azaña ni Leo Spitzer. Sin caer en el «error intencionalista» que rechazaba P. E. Russell, ¿por dónde trazaremos la frontera que separa el dominio permitido al biógrafo del otro más amplio tolerado al lector de todos los tiempos? Pues ocurre también en este caso que la aproximación a la novela de los filólogos (Menéndez Pidal, Martín de Riquer, Forcione) o de los historiadores (Vilar, Maravall) resulta hermenéuticamente más contenida, más literal e idiográfica, que la de los escritores (Mann, Dostoievski) o los filósofos (Lukács, Unamuno, incluso Foucault). ¿Cuándo se engrandece de manera consciente el proyecto inicialmente declarado de ser una parodia satírica de los libros de caballerías? ¿Cuánto se le escapa de la pluma al escritor y se entrega a beneficio de inventario de sus lectores? Las

lindes no estarán nunca claras, pero al menos cabría acotar un núcleo biográfica e ideológicamente definido. ¿Se puede hablar con Moreno Báez de un escritor impregnado de catolicismo contrarreformista? ¿Seguro que cabe descartar el erasmismo meditado que defiende A. Vilanova? ¿O es que en puridad no hay tal disyunción porque una cierta ambigüedad y perspectivismo los tolera a ambos? Américo Castro no se cansó de señalar la «sincera hipocresía» y la «doble verdad» del autor, y en ello ha sido seguido por numerosos críticos. En resolución ¿hasta qué punto cabe una historificación del *Quijote*, de una obra clásica en absoluto?

A juzgar por los datos relativos a la proyección editorial y coreográfica del libro, fue la dimensión burlesca, folclórica y literariamente compendiosa del *Quijote* la que fascinó a sus coetáneos y aseguró el éxito inmediato de la obra, dentro y fuera de la península. Reediciones a los dos meses en Madrid, ediciones piratas en Valencia y Lisboa, sucesivas traducciones en los Países Bajos y, no menos revelador, rapidísima adaptación a la cultura oral e imaginera en la que se holgaban las masas urbanas del Barroco. J. C. insiste mucho en esto: a diferencia de la lectura posterior de los románticos (idealismo *versus* realismo) o de los liberales (el librepensamiento anticlerical del autor), en la Europa clásica se apreció sobre todo el valor terapéutico y estético de la comicidad quijotesca, la figura desternillante del loco, cuyo diagnóstico no debemos cometer el error de equiparar al que impondría la psiquiatría a partir del siglo XIX.

Del Perú a Bruselas, de Londres a Milán, pasando por París, vemos extenderse rápidamente la fama del delirante y sutil hidalgo, merced a versiones como las de Thomas Shelton al inglés (1612) o César Oudin al francés (1613), pero también a la clamorosa irrupción de la estantigua jocunda en los más variados festejos: en la universitaria Heidelberg, por ejemplo, su presencia está atestiguada en 1613, con motivo de una mascarada ofrecida al elector palatino.

«Sólo Madrid es corte». De acuerdo, pero aparte de eso, ¿qué otros justos títulos podía exhibir esta ciudad advenediza de cien mil almas? Dijeran lo que dijeren, el rey y su valido retornaban a la capital de Felipe II después de un lustro de ausencia. Y los Cervantes, tras sus pasos. Previo paso por Esquivias, desde 1607 hasta su muerte en 1616 el escritor fijará en la villa y corte su sede definitiva, en «mucho amor y buena compañía» de Catalina, sin al parecer otra ambición que ponerse a bien con Dios y saldar sus deudas pendientes con la literatura. Todavía los embrollos matrimoniales de su hija Isabel y la ruptura irreversible con el padre pondrán una postrera nota de amargura en el crepúsculo de su vida.

En 1609 el escritor ingresa en la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento, cofradía que tenía su albergue en el con-

vento de los trinitarios y reclutaba sus miembros entre las gentes de letras (Lope, Quevedo, Espinel, Guevara). ¿Lecturas erasmistas? ¿Vitola de ortodoxia? Nuestro biógrafo apuesta más bien por una devoción hondamente personal, depurada con el transcurso del tiempo y la lectura de los Evangelios, que se quiere ahora sometida a una exigente ascesis; una piedad de aliento eclesial, antes que eclesiástica, muy poco obsecuente a los compromisos sociales de sus cofrades: cuando seis años más tarde casi todos ellos emigren a más templadas devociones, ante la protesta de los trinitarios por la relajación de los estatutos, Miguel renovará los votos y la lealtad a la orden que lo rescatara del cautiverio. Religiosidad no muy condescendiente tampoco con el fanatismo de sus compatriotas, como prueban sus veladas críticas al decreto de expulsión de los moriscos, refractadas, pero aún legibles a través de las voces prestadas a algunos de sus personajes, a Ricote y Ana Félix, y no sin sarcasmo a Berganza.

Asombra, no obstante, en este sexagenario avisado ya por la enfermedad su amor a la vida, como un remanecer nostálgico de los sueños italianos de su juventud. Todavía en 1610 lo vemos desplazarse hasta Barcelona, la ciudad a la que dedicará pronto hermosas palabras, en pos de una audiencia con el conde de Lemos, a punto de embarcarse como virrey de Nápoles. Ni mencionemos al colipavo de turno, humanista campanudo y secretario del conde, que vetó su nombre para integrar el séquito literario de don Pedro Fernández de Castro y Andrade.

Una realidad que se le obstina es una realidad que lo empuja una y otra vez al oficio de escritor, o mejor, a ser su fedatario sin más protocolos que los de su buen gusto y personal entendimiento—contando claro, con el fiat de la censura—. En 1613 el vecino de la calle Huertas ve publicadas sus *Novelas ejemplares*, que ha ido componiendo y rehaciendo desde la etapa hispalense. Son una docena de cuentos cortos cuya genealogía literaria remonta directamente a los *novellieri* italianos (los Boccaccio, Bandello, Cinzio), a los que Miguel había leído en lengua original durante sus años mozos, y que ahora naturaliza en castellano al conjuro de una pluma en estado de gracia. Protestas prologales de moralidad aparte—casi una *excusatio non petita*—, el hecho es que todas ellas nos entregan, entre su laberinto convencional de aventuras, penas de amor y reconocimientos finales, una peripecia muy humana y personal, en que el autor hace a sus personajes romper las costuras guiñolescas del apólogo medieval, deja manifestarse el interior humano en su evolución y albedrío, ofrece lo real como el efecto producido en la retina de los protagonistas, relativiza clichés de sus coterráneos (el caso de los gitanos, los pordioseros, los extranjeros), y por encima de todo el artista triunfa del moralista. Y es que como

ya señaló Ramón de Garciasol, Cervantes no acostumbra a definir, sino a ejemplarizar y ejemplificar. Digamos así con J. C. que a la estructura cerrada del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, el alcalaíno prefiere oponer la estructura abierta de sus novelas.

Si la epopeya mitológica de carácter burlesco que es el *Viaje del Parnaso* (1614) retiene hoy un interés casi erudito, el de arrojar luz sobre las modas y celebridades literarias del entonces, sobre la posición del autor frente a las mismas, sobre sus filias y sus fobias, la producción teatral de Cervantes en este período, sus *Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados* (1615), nos viene a testimoniar que hasta el límite de sus días siguió viva en él la pasión por las tablas. Dramaturgo de obras impresas, teatro nonato en una escena dominada por el Fénix, personajes cuyos papeles se hacen a hechura impredecible de la vida y no de un orden social de naturaleza fijado de antemano: es la libertad soberana de Cristóbal de Lugo o de Pedro de Urdemalas. Habrá que esperar a Lorca, Barrault, Prévert y Nieva para verlo representado.

Julio de 1614: Cervantes va por la mitad en la redacción de la segunda parte del *Quijote*, comenzada seguramente hacia 1611. Enero de 1615: el novelista ha puesto fin a la obra, y a finales de año ésta aparece ante un público expectante. Es, sin la menor duda, un prodigio de escritura —ese «pasma literario» del que hablaba recientemente Cela—, pero la celeridad creadora acusaba en esta ocasión el apremio de los años contados y, por añadidura, la necesidad de dar cumplida respuesta a un desafío. Y es que, oculto tras el pseudónimo de Fernández de Avellaneda, un oportunista tan mediocre como agresivo había amagado una continuación de la obra maestra.

Puestos a cabalgar de nuevo, nadie como su genial artífice para dilatar y llevar a término las aventuras de una pareja que se había vuelto indómita a todos los patrones literarios de sus coetáneos. El autor, en efecto, conduce ahora la novela a su perfección: ajusta algunos desequilibrios estructurales de la primera parte, somete las acciones secundarias al movimiento director del caballero y su escudero, a la par que reafirma la verdad de don Quijote sobre el trasfondo de su ser desdoblado en los dos relatos precedentes (el verdadero y el apócrifo), y a tenor de los cuales lo juzgan de manera más o menos fidedigna sus lectores. El libro dentro del libro no es sino un multiplicar los planos y las perspectivas, un jugar a los espejos confundidores de apariencia y realidad, hasta un ilusio-nar por momentos al lector con el supuesto de que él mismo participa de la ficción como uno más de los que reconoce e interpela al héroe en su tercera salida. Aunque sólo, es cierto, por momentos: la recuperación del juicio por Alonso Quijano antes de morir es la recuperación de nuestras mínimas certidumbres.

Gana también en finura y completitud el análisis de J. C. en esta segunda parte. Acaso se hubiese beneficiado el mismo de la comparación con otras creaciones maestras del Barroco, haciendo operativo si cabe el concepto foucaultiano de *episteme*. Cuatro décadas después, en 1656, Velázquez introduciría en la historia de la pintura una concepción no muy distinta con *Las Meninas* —una cosa mentale como ha señalado Julián Gallego citando a Leonardo—, esa caja mágica en que también el cuadro se inscribe dentro del cuadro y el observador se ve inmerso en la representación, como el autor en su propia obra. En la narrativa del Quijote apreciamos las mismas cualidades técnicas y sintéticas sin precedentes que la harían merecedora, en el campo de la literatura, de las palabras que Lucas Jordán pronunció del lienzo velazqueño: «ésta es la teología de la pintura».

Nuestro sexagenario sentenciado de hidropesía aún consumirá los últimos seis meses de su vida entregado, sin poderse ya dar reposo, a la escritura de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que será editada póstumamente por su esposa (1617). En la estela de la novela griega del s. III (Heliodoro, Aquiles Tacio), su autor retoma con el *Persiles* un ideal estético que ya no corresponde a nuestros gustos introspectivos (el de lo «maravilloso verosímil» que Aristóteles enunciara en la *Poética*), pero en razón del cual esta novela de aventuras conocería un éxito de traducciones en toda la Europa del Barroco. Siempre la relativa alteridad de la Europa clásica desde la que no podemos dejar de enjuiciar a Cervantes; la misma que explica que hasta bien entrado el Siglo de las Luces no se arrogue *Don Quijote* la primacía sobre el resto de la obra cervantina que hoy no dudamos en reconocerle.

Viernes, 22 de abril de 1616: poco más de una semana después de William Shakespeare, Miguel de Cervantes Saavedra rinde su alma al Altísimo. Concedamos a nuestro biógrafo el merecido beneficio de la escena epilodal, que él nos refiere no sin justificado orgullo. Gentileshombres de Francia, del séquito del embajador Noël Brulart de Sillery, inquieren a Márquez Torres sobre el autor de *La Galatea* y *Las novelas ejemplares* (no por azar invocadas en la Europa del entonces con preferencia a *Don Quijote*). Respuesta: «que era viejo, soldado, hidalgo y pobre». Observación de los interlocutores en cuya nación el escritor llegará a ser tenido por un ser casi sagrado: «Pues ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público».

* * *

Como señalaba al comienzo de estas páginas, los méritos de la biografía de Canavaggio residen fundamentalmente en la exquisita

prudencia con que persigue la peripecia vital de su personaje y en el siempre matizadísimo análisis de sus obras. Haciendo así buena otra vez la frase de Emil Staiger: «los órganos del conocimiento, sin los cuales no es posible una lectura fecunda, se llaman respeto y amor». Al hilo de todo ello quizá quepan todavía unas rápidas consideraciones finales, sin la menor pretensión de originalidad.

Pese a sus veladuras y esfumados, parece que hay algunos rasgos en el perfil histórico de Cervantes que han ido ganando precisión ante nuestros ojos. La riqueza y la intensidad de sus tonos son los que destacan en la pintura del biografiado, sin que quizá importe demasiado en su conjunto la pérdida de algunos matices secundarios. Entre aquéllos veíamos un aliento de la antigua *virtus*, que sobrenada en casi todas las creaciones de la cultura renacentista, a la vez tan naturalista y tan aristocrática; un formato de caballero cristiano, pero muy meridional, vuelto irrenunciablemente hacia el mundo; una vida tan intensa como cosmopolita, inevitablemente abocada a un cierto relativismo, a la mirada iridiscente, en una Europa (protestante o contrarreformista) que ya no se podía conformar con las figuras y categorías del Medievo; y, rigiéndolo todo, una lengua prestada de una musa divina, en la que se represan los siglos, sus voces ahogadas, sus polifonías —sus «heterologías», que precisaría Lázaro Carreter, siguiendo a Bajtin y Todorov.

De esa figura histórica que se desprende del estudio riguroso de los documentos biográficos, de su obra literaria y de su trayectoria vital podemos privilegiar tal o cual aspecto, de acuerdo con nuestras preferencias y afinidades. Un escritor del siglo XXI, de la aldea global y la hibridación cultural, se sentirá probablemente fascinado por la escritura polifónica del *Quijote*, y así Carlos Fuentes vuelve sobre ella en su neonata *Geografía de la novela*: «El lenguaje de la novela, escribe Schklovsky, es una reelaboración continua de todos los niveles del lenguaje; éste, como lo saben por igual Cervantes, Balzac, Shaw y Raymond Queneau, es diverso porque es estratificado y es estratificado porque sus hablas son las de sociedades no sólo diversificadas, sino separadas, injustas». Hasta aquí nada que objetar. Es más, cabría hablar de la propia experiencia cervantina de la «mezcla de lenguas» contemporánea en que se entendían cautivos y moros desde Constantinopla a Berbería. Más contestable, en cambio, me parece la pretensión del escritor latinoamericano de trazar un perfil del alcalaíno a la medida de nuestros idearios contemporáneos: «mestizar es cervantizar, y cervantizar es islamizar y judaizar; es abrazar de nuevo a lo expulsado y perseguido; es reecontrar la vocación de la inclusión y trascender el maleficio de la exclusión». Yo no lo habría expresado con una fórmula tan programática y lineal, sencillamente porque supedita toda la com-

plejidad de la obra cervantina a un programa en exceso ideológico, porque tampoco creo que se corresponda con la realidad histórica, y en cierto modo inasible, irreductible, del personaje Miguel de Cervantes. Busquemos el espíritu, no una letra que nos vaya.

Por lo que atetizan, conoceréis su credo: al fin y al cabo, cervantizar es también italianizar (ni vale la pena andarse aquí con citas), es afrancesar de cortesías el oficio de corsario, es catalanizar el relato quijotesco con su extensión a Barcelona y celebrar la realidad plural de las Españas y sus lenguas, es novelar la historia de una española inglesa. Para decirlo en castellano claro, es huir de Esquivias y de todo aquello que empequeñece y hace provinciana nuestra vida. Sin más etiquetas. La actitud de apertura hacia lo otro, que parece en efecto uno de los rasgos más fidedignos de la grandeza moral de nuestro biografiado, representa un dato perfectamente conciliable con una tradición evangélica irrenunciable de su parte, como finamente analiza J. C., además de insertarse en una corriente de opinión muy hispana en el tratamiento de la singularidad del hecho americano, desde la escolástica salmantina de Vitoria y Soto, hasta Las Casas y Acosta, pasando por Suárez, según ha estudiado A. Padgen (*La caída del hombre natural*, 1988). Y es, hasta si se me apura, parte del código liberal y cortés del caballero cristiano, del *Kavalierstour* «europeista» de la vieja nobleza alemana, también de la hospitalidad supracional de la aristocracia de todos los tiempos (desde Homero), de la «república internacional de la aristocracia», que diría Georg Simmel (*Soziologie*, 1908). *Homo sum, humani nihil a me alienum puto* —el dicho ya está en boca de Terencio (*Heaut.* 77)— Porque el sentimiento de solidaridad entre los hombres no es, por fortuna, patrimonio de la Europa contemporánea, ni de su declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, ni un imperativo ético derivado de la antropología. Viene de bastante atrás, y ha sido asumido en distintas épocas y culturas, antes incluso del cristianismo, por el budismo dialogante con el helenismo en Asia central, también por el estoicismo grecorromano. No sé quién ha dicho que a veces en los espíritus más cosmopolitas se encuentran los más cabales patriotas, y la mejor de las identidades es la que se expresa en la actitud generosa y comprensiva, por segura, ante nuestros semejantes. Lela Marien es una bella metáfora de espíritu ecuménico, valdría decir, preconiliar *avant la lettre*; pero tampoco llevemos las cosas demasiado lejos: no deja de ser la Virgen María.

Nos las vemos, pues, con un lenguaje que, como ya hemos apuntado a propósito de *Don Quijote*, tiene un registro inequívocamente moderno. Y este atributo decisivo, no por más unido al genio del escritor, nos remite menos a una determinada trayectoria vital, a

un conjunto de circunstancias personales que fueron en buena medida producto del azar. La riqueza y estratificación de la lengua de Cervantes son ni más ni menos que los otros tantos correlatos de sus múltiples vidas, de una agitada existencia que geográficamente se extiende de la Morea hasta Lisboa, y que nunca habría podido ser contenida en la «pose» de escritor. Caben en aquélla casi todos los itinerarios posibles de la España imperial: la guerra y el cautiverio, la tierra y el mar, la ciudad y el campo, la proximidad a la corte y el submundo carcelario, la administración real y la bohemia literaria, el medio urbano de la Italia renacentista y la periferia bárbara del islam, la lectura y la aventura. Eso sí, se echa en falta el nuevo mundo.

Fuerza es reconocer que no parece éste el molde del que pueda salir una obra «exenta de crítica», «en la que encontramos muy poca problemática y muy poca tragedia», «ningún movimiento hacia lo hondo de la vida, ninguna voluntad de investigarla radicalmente y de modelarla en la práctica», como ha querido Erich Auerbach (*Mimesis*, 1942). No voy a entrar aquí en la afirmación del autor de que «la literatura española del gran siglo no tiene mucha significación en la historia de la conquista literaria de la realidad moderna» (cf. D. Villanueva, *Teorías del realismo literario*, Madrid 1992, p. 17, para una crítica de sus presupuestos hermenéuticos), pero tampoco querría dejar de señalar cuánta unilateralidad subyace en ese tipo de aproximación a la historia de la cultura; como si un siglo largo de ciencias humanas no nos hubiese alertado del peligro de las series y comparaciones clasificatorias o evolutivas establecidas a partir de criterios de valoración no sometidos a la discusión previa.

La complejidad de una obra de arte, la plenitud de un universo literario, no dependen de la voz filosóficamente impostada del autor. Shakespeare no es ni más ni menos profundo o analítico que Cervantes, a no ser que apostemos tan sólo por aquellas vías explícitamente problemáticas (o aporéticas) en la modernidad. Cada literatura tiene su propia escala de registros: la cervantina no va de Lear (o Hamlet) a Cordelia; es sencillamente distinta. La España de la postguerra podría o no prestarse a una representación hamletiana de sí misma, pero es claro que *La familia de Pascual Duarte*, novela ajena a la problematización y a lo introspectivo, constituye una metáfora insuperable y profunda de los callejones sin salida de aquella época, de la existencia humana en absoluto. ¿Podría afirmarse que Homero es un poeta menos hondo que Eurípides por el hecho de que el ateniense plantea con más explicitud (intelectual y sofística) las cuestiones del hombre griego? ¿Tendríamos que concluir que la música de Mozart surgió de un alma apacible? A veces olvidamos que lo trágico y lo burlesco, como prueban las tetralogías

griegas (trilogía trágica y drama satírico), son las dos manifestaciones de un mismo espíritu, hecho que fue expresado con un radicalismo teórico sorprendente por Platón (*Symp.* 223d), y han sabido valorar F. R. Adrados (1969) y L. Golden (1992). Al fin y al cabo, junto con entremeses y comedias, o con su gran epopeya paródica, Cervantes también supo escribir *La Numancia*.

Por lo demás, hay suficientes datos en su biografía, con independencia ya del calado a veces insondable de su literatura, que nos permiten atisbar el poder de las sombras, el lado oscuro y desaparecido de las cosas mostrándose a cara descubierta, asaltando al escritor en su camino. La posible mancha de converso, los descarríos y apaños concubinarios de las mujeres de su familia, las relaciones prohibidas con una tabernera y el fruto finalmente amargo de las mismas, los sucesivos encarcelamientos que hubo de sufrir (el último y más injusto en Valladolid, por el asunto Ezpeleta) como permanente recordatorio de su desprotección, la quimera de las Indias como cuerda de salvación tras una repatriación sin oficio ni beneficio, la inestabilidad de su hacienda y hasta sus misteriosas transacciones financieras, la frecuentación de los garitos y los lugares de juego, incluso ese «atractivo que sobre él ejerció el mundo marginal» (J.C.) y plasmado abundantemente en su literatura (moriscos como Ricote, gitanos como Preciosa, bandidos como Guinart, musulmanes como Zoraida, pícaros como Ginesillo o Rinconete y Cortadillo, sin olvidar a los encadenados a galeras), todo ello nos habla, es cierto, de una alteridad en las costumbres y los usos jurídico-políticos del Antiguo Régimen, de una existencia marcada por el infortunio; pero también, pues no es cuestión baladí, de una sociología característicamente intersticial, de una cierta inadaptación al orden convencional de la realidad (estamental, doctrinal, profesional). Dígase lo que se diga sobre la inocuidad de *Don Quijote*, su figura hermenéuticamente inagotable no surge tan sólo de nuestras propias fascinaciones, sino también de los interiores de su novelador, con todos sus demonios y problemas.

Por ello mismo no deja de llamarnos la atención la figura llena de dignidad representada por su joven esposa, Catalina de Salazar. Hubiésemos deseado saber más sobre su persona y la índole de la relación entre los dos cónyuges: qué le fue dado compartir con ese corazón tan blanco al hombre de letras y de mundo en realidad. Se diría en este caso que tan significativas como las distancias que Miguel supo guardar con el ambiente de Esquivias —quién puede olvidar aquí las burlas de Teresa Panza hacia las hidalgas de aldea— lo fue también la lealtad reservada a su esposa hasta el final.

Pero concluyamos. Imaginar a Cervantes, imaginar la vida de un hombre que acaso haya extraído la luz poderosa que serena su

universo literario del paralelo latino, mediterráneo, que marca la pauta de una caligrafía, sin embargo, biográficamente torcida. Sesenta y ocho años de vida total que, al margen ya de la cosecha literaria, reducen a su verdadera medida a tantos y tantos perfiles engallados de nuestro tiempo, a tantos falsarios y mequetrefes que nada ocultan tras la carátula pretenciosa de sus memorias y declaraciones autobiográficas. Produce una lucidez de escalofrío reparar en el saldo que la historia nos arroja de su paso por este mundo, en las penurias y encarcelamientos que hubo de sufrir, en las amarguras y desdenes soportados, en esa forzada compañera que no le abandonó jamás, la estrechez —la *peníe*, habría dicho con prosodia inevitablemente pesimista un griego antiguo—. Pero, sobre todo, leer a Cervantes, verter el frasco de su misericordia sobre las heridas que nos llagan y apesadumbran la existencia, sonreír después. Dado que, en su caso, «the insolence of office, and the spurns/ that patient merit of th'unworthy takes» no se proyectan al modo shakesperiano en la insania de sus criaturas literarias, sino en un universo complejo y plenario en que la suprema ironía se reconcilia con la esperanza, y la locura desactivadora no ha sido impedimento para recuperar la urdimbre de una realidad imperativa, tanto como trascendente, de muy atendibles probanzas metafísicas.

Piadosa sabiduría y alegría universal la del español, se ha dicho. Indudablemente como triple extracto de una experiencia de sufrimiento y revelación, que se nos antoja muy trágica, y en cierto sentido muy antigua; pero también de palabras a media voz, de nuevas resonancias y diferentes modulaciones, de repliegues subjetivos y ensimismamientos literarios, que nos entregan desde ahora una imagen más polifónica e interiorizada de la realidad, en términos relativos más realista, y por ello mismo más moderna. No ya la sabiduría de una lengua de la homología que transparenta la esencia de las cosas (como en Esquilo, que diría A. Lesky), ni la de un lenguaje que está materialmente inscrito en la naturaleza, que es todo él parte de un mismo libro del mundo, ni la de una escritura que preserva y desarrolla hermenéuticamente la gran verdad cifrada de los textos clásicos y las sagradas escrituras (como *divinatio o eruditio* renacentistas, que diría Foucault). Cervantes ya es otra cosa.

VÍCTOR ALONSO TRONCOSO
Universidad Autónoma de Madrid